



El «aurrekulari» de la Virgen

Por

José DE ARTECHE

Vaya por delante mi agradecimiento al desconocido amigo de la villa de Rentería a quien debo la oportunidad de escribir estas líneas. Nunca agradeceremos bastante los buenos servicios que nos presta esta clase de corresponsales, lectores llenos de buena voluntad, sirviéndonos con generosa solicitud temas propicios. Porque además, generalmente, ocurre que les agradecemos con un silencio descortés, lo mismo que yo, en mi caso, con este amigo renteriano cuya carta llevo en el bolsillo desde hace bastantes meses sin haberle cursado siquiera un simple acuse de recibo.

Los lectores dirán si el tema que mi desconocido amigo me proponía es o no un tema fino y delicado. Dos días atrás de la fecha de la carta—5 de febrero de 1956—, domingo, todo el pueblo de Rentería asistió en masa a la conducción del cadáver de Ireneo Recalde, sacristán de la parroquia, hombre

sencillo, popular, simpático, laborioso, que, aparte sus trabajos en la iglesia, era obrero de la fábrica de lienzos. Además de estas dos actividades, Recalde era también gran «aurrekulari» y había enseñado bailes vascos a generaciones de niños renterianos.

Por mi parte, desde febrero aquí, hasta este día del comienzo de la segunda decena de agosto, he podido completar la ficha de Ireneo Recalde con unos cuantos rasgos que añaden algo al anterior esbozo.

Recalde, pequeño de estatura, agilísimo, era un hombre cordial pero tímido, siempre sonriente, cuya sonrisa no discriminaba de clases sociales. Recalde sonreía a todos. Sabía infinidad de bailes y había sido profesor nada menos que del Padre Olazarán, el ilustre capuchino, autoridad en música popular y bailes vascos.

Y es ahora cuando viene el motivo central de estas líneas y el rasgo que concluye de retratar a este humilde trabajador de Rentería. Pocos días antes de morir, Ireneo Recalde se creyó en el caso de declarar al párroco de Rentería el singular homenaje que todos los años, la víspera del día de la Asunción, acostumbraba rendir a Nuestra Señora la Virgen María. Uno piensa en los escrúpulos de un ángel ante la presencia de Dios.

El día 14 de agosto, a eso de las nueve o diez de la noche, Ireneo Recalde, cuando cerraba las puertas de la iglesia de Rentería y se quedaba solo dentro de ella, iluminaba el altar mayor, dedicado precisamente a la Asunción de Nuestra Señora, y bailaba el «aurreku» delante de la Virgen.

Este es el hecho. No me atrevo a añadir ningún comentario. Temo echarlo todo a perder.

Únicamente diré que hace unos días, leyendo al maestro don Luis Urteaga la carta que me sugiere estas líneas, el ilustre músico, profundamente conmovido, rompió a llorar. Al serenarse, don Luis añadió este comentario:

—Sí; nuestros bailes sirven para antes y después de comulgar.

El «aurreku» es un acto social, un baile señorial donde los cumplimientos y reverencias van sucediéndose los unos a los otros, e Ireneo Recalde, el maestro de «aurrekularis», dedicaba todas las cortesías del «aurreku» a Nuestra Señora la víspera de su Asunción gloriosa a los Cielos.

Siglos atrás, Gonzalo de Berceo, el poeta de la Virgen María, el poeta cuyas familiares poesías aparecen empedradas de expresiones que todavía tienen curso en «euskera», escribía:

*Todo omme del mundo fará grant cortesía
Que ficiere servicio a la Virgen María
Mientras que fuere vivo, verá placentería
E salvará el alma al postrimero día.*